

El Verbo fue hecho carne (1/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo
Juan 1:18; 20:30-31
7 de marzo

El Verbo fue hecho carne (1 de 13)

Texto bíblico: Juan 1:18; 20:30-31

Introducción:

Con esta lección comenzamos un estudio de trece semanas sobre el Evangelio de Juan. Esta primera lección no es solo una introducción a ese Evangelio, sino que es también un estudio del modo en que Juan presenta todo el mensaje del evangelio. Los primeros tres Evangelios son mayormente narrativos, de tal modo que la interpretación de cada autor casi debe leerse “entre líneas”. En contraste, en Juan la interpretación de los acontecimientos de la vida de Jesús resulta mucho más explícita. Esto puede verse claramente en estos primeros versículos del evangelio, que comienzan con una interpretación teológica de todo lo que va a narrarse a continuación.

Como veremos más adelante, con frecuencia en este Evangelio es el propio Jesús quien interpreta los acontecimientos. Lo que es más, tales discursos aparecen con mucha mayor frecuencia que las parábolas. Lo que todo esto quiere decir es que el Evangelio de Juan les concede una importancia primordial a las palabras: a las palabras escritas en el evangelio mismo, a las palabras de Jesús, y sobre todo a Jesús mismo con la Palabra encarnada de Dios.

En esta primera lección, el tema principal es quién es Jesús. ¿Por qué son importantes sus palabras? Juan el Bautista da testimonio de él. La afirmación fundamental es que Jesús mismo

es la Palabra o Verbo de Dios, Dios presente en medio nuestro. Su encarnación es un momento crítico, tiempo de decisión, tiempo de escoger entre el camino que lleva a la vida que Jesús ofrece, y el que lleva a la muerte, que es el rechazo de Jesús y sus enseñanzas.

Propósito de la lección:

El pasaje que estudiamos marca la pauta para todo el Evangelio de Juan. Por tanto nuestro propósito será paralelo: marcar la pauta para todo nuestro estudio de ese Evangelio. Las preguntas fundamentales que nos haremos serán: ¿Quién es Jesús? ¿Qué significa su nacimiento para nosotros? ¿Qué importancia tiene Juan el Bautista?

Análisis de la Escritura:

1:1-3: No es por accidente que Juan comienza con las mismas palabras que Génesis: “En el principio...” A diferencia de los otros Evangelios, que comienzan con los acontecimientos que llevan al nacimiento de Jesús, o con su bautismo, Juan empieza antes de la creación. No contradice a los otros tres, pero desde su primerísimo versículo pone a Jesús dentro de un contexto más amplio. Jesús es la Palabra o Verbo de Dios, Dios verdadero, aun antes de hacerse humano. Este Verbo participa en la creación, a tal punto que es mediante él que todas las cosas son ellas. Este contexto amplio es importante, porque el Verbo encarnado es la fuente de una nueva creación. La nueva creación es el mensaje y la obra de este Jesús cuyo nacimiento celebramos en Navidad.

1:4-5: El Verbo es la fuente de la vida. El término “logos”, que normalmente se traduce por “verbo” o “palabra” también quiere decir “entendimiento” o “lógica”. Se trata por tanto de la sabiduría que se encuentra tras cada acción de Dios. La verdadera vida consiste en vivir de acuerdo a esta palabra o sabiduría que estaba presente en la creación. Vivir de veras es vivir bajo esa luz. Toda otra clase de vida transcurre en las tinieblas. El mundo anda en tinieblas a causa del pecado. Pero con el advenimiento de Jesús la luz entró al mundo y no será extinguida.

1:6-9: Quizás nos parezca extraño pasar de la dimensión cósmica de los primeros versículos del capítulo a los detalles acerca de Juan el Bautista. Pero el tema cósmico continúa. Antes de que se hable del bautismo de Jesús por parte de Juan, se explica la importancia del Bautista. Fue enviado de Dios. Es un testigo que ha de decir a los demás quién es este Jesús. En el versículo 6 se da esta breve referencia a Juan, que marca la pauta para lo que se dirá más adelante acerca del bautismo. Juan reconoce que Jesús es la luz, la sabiduría, el verdadero significado de la vida humana creada por Dios. Él es la verdadera Palabra acerca de nuestra vida, que hemos perdido a causa de las tinieblas del pecado.

1:10-11: Hay un elemento de drama y tragedia en estos versículos. Cuando el evangelio de Juan fue escrito (probablemente hacia fines del siglo primero) había un conflicto creciente entre los judíos que habían aceptado el cristianismo y quienes no lo habían aceptado. El templo de Jerusalén había sido destruido por los romanos en el año 70. Los judíos se veían obligados a reorganizar su vida religiosa, adaptándola a una nueva circunstancia en que no había templo. En

ese proceso, a los judíos que habían aceptado el cristianismo se les expulsaba de las sinagogas. Los cristianos de origen gentil eran un tropiezo todavía mayor. Es en medio de esas circunstancias que el autor del Evangelio nos dice que el Creador de cuanto existe se introdujo al mundo que él mismo había creado. Pero nadie le reconoció, sino Juan el Bautista. Israel era el pueblo de Dios, pero no lo aceptaron. Para el autor, hay un paralelismo entre el hecho de que las autoridades religiosas de Israel rechazaron a Jesús y la expulsión de los judíos cristianos de las sinagogas.

1:12-13: La frase “todos los que le recibieron” incluye tanto a los gentiles como a los judíos que le reconocieron y siguieron. Sus discípulos son “hijos de Dios”. Tales hijos no son nacidos de acción humana alguna, sino de la voluntad de Dios. Su nacimiento original humano fue mediante la carne, mediante el deseo humano. Pero su nuevo nacimiento como hijos de Dios será obra de Dios mismo.

1:14-16: Tras establecer el escenario que nos indica la importancia de Jesús, se nos dice que esta Palabra o Verbo se hizo carne. Vivió en medio de la misma vida humana que él había creado. Quienes son sus discípulos lo son porque han visto en este ser humano la gloria del Dios eterno. Una vez más se menciona a Juan el Bautista como el verdadero testigo. Estos versículos son una confesión de fe. Quienes han visto la luz han visto también la gloria de Dios en Jesús. Han recibido gracia mediante él. También resulta claro que quienes reconocen quién es Jesús lo hacen gracias a la fe. Han recibido gracia. Sus ojos han sido abiertos. Viven en la luz, y no en las

tinieblas anteriores.

1:17-18: Hay un contraste entre las acciones de Dios en Moisés y las acciones del mismo Dios en Jesús. Ambos son verdaderamente enviados por Dios. Moisés recibió la ley, que es una gran dádiva para el pueblo de Dios. Pero “la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”. Hay que entender claramente que la ley en sí misma es también una dádiva de gracia y de verdad. La ley no es falsa. Pero las dádivas que vienen mediante la encarnación son aún mayores. Lo son, porque Jesús es mayor que Moisés. Los humanos no podemos ver a Dios directamente. Moisés oyó una voz, y ya esto era mucho más de lo que otros podían oír. Así sirvió de mediador entre Dios y el pueblo de Israel. Pero Jesús es más que Moisés. Como Hijo de Dios, ha visto al Padre, quien le ama eternamente. Luego, la revelación que él nos trae es aún mayor que la recibida a través de Moisés. Recordemos que este contraste entre Moisés y Jesús, que llevaba a los cristianos a insistir en que Jesús era mayor, era una de las principales causas de conflicto entre los cristianos y los judíos cuando este evangelio fue escrito.

20:30-31: El texto impreso salta abruptamente de los primeros versículos del evangelio de Juan al final. No nos da el punto de vista de un observador desinteresado, sino más bien una confesión de fe. Estos versículos casi al final del mismo libro recalcan ese punto. El autor ha escogido entre las muchas cosas que pudo decir acerca de Jesús, aquellas que muestran claramente que se trata verdaderamente del Hijo de Dios. El propósito de lo que escribe es para que otras personas crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida

en su nombre.

Aplicación:

El centro de nuestra fe es Jesucristo. ¿Quién es Jesucristo? El evangelio de Juan le ve ante todo como el Verbo o Palabra de Dios. Según Juan, esta confesión de fe lleva a una nueva vida, la cual transcurre bajo la luz más bien que en tinieblas. La confesión de esa fe no consiste en estar de acuerdo con afirmaciones intelectuales o con doctrinas. Es posible creer algo intelectualmente y sin embargo no llevar una vida fundamentada en esa creencia. Esto puede deberse a dos razones. En primer lugar, verdaderamente se cree lo que se afirma, pero no se ve qué pertinencia pueda tener para nuestras vidas cotidianas. En segundo lugar, podemos imaginarnos que creemos algo, pero en realidad no confiar en ello lo suficiente como para construir nuestras vidas sobre esa fe. Nuestra tarea como cristianos es entender quién es Jesús en verdad, y el impacto que esto ha de tener en el mundo y en nuestras vidas. El autor del Cuarto Evangelio afirma claramente que el propósito de lo que escribe es llevar a otros a la fe. Este libro está escrito a partir de la fe y para la fe. Con demasiada frecuencia limitamos nuestra fe al nivel intelectual, y nos dedicamos a discutir la verdad de diversas doctrinas. Hasta se nos dice que la salvación depende de que creamos tal o cual cosa. Pero lo que Dios quiere decir es algo muy diferente de esto. Juan se refiere a una verdad que cambia nuestro rumbo radicalmente, que nos lleva a una nueva vida, una nueva esperanza, no solo para el futuro, sino para aquí y ahora. La verdad que tiene tal impacto es Jesús como persona, como acontecimiento, y no sencillamente como doctrina. Ser discípulo es quedar de tal manera

cautivado por esa persona que uno busca seguirle y conocerle. Los discípulos también dan testimonio ante otros. No se dedican a discutir cuestiones de doctrina como si fuera posible convencer a otros intelectualmente, y con ello bastaría. El verdadero evangelismo es lo que está haciendo el autor de este Evangelio: dar testimonio de lo que sabe en base a su fe en Cristo. La clase de verdad de que se ocupa el autor de este libro tiene que ser compartida. El evangelismo es resultado natural de la fe bien entendida y vivida.

El Creador también re-crea. Al nivel puramente humano, un adulto que recibió mala atención de sus padres, que sufrió abuso en la niñez, probablemente necesitará que otra persona más tarde en su vida deshaga al menos parte del daño que se le hizo. Entre el Creador y la criatura, la situación es diferente. Dios creó una buena creación. Pero el pecado entró y toda la creación ha quedado torcida. El problema consiste en una rebelión de parte nuestra, y no en una mala creación de parte de Dios. Solo Dios puede reparar el daño hecho. Nuestra re-creación ha de ser obra del Creador. Jesús es la encarnación del Verbo por el cual todas las cosas fueron hechas. Por lo tanto él es capaz de re-crearnos como lo necesitamos. Venir a Jesús es venir para ser restaurados, para ser reconciliados y reconciliadas con nuestro Creador como nuevas criaturas humanas. Ser "espiritual" no quiere decir dejar atrás esta creación como si fuera cosa sin importancia, sino más bien vernos como parte de una buena creación que está siendo restaurada y renovada por Dios.

El contraste entre andar en luz y andar en tinieblas es difícil de entender para algunos de

nosotros. No nos gusta pensar que hay parte de nuestra vida que todavía permanece en tinieblas. Pero para que la obra de re-creación o salvación que Jesús hace en nosotros sea completa, tenemos que reconocer las tinieblas en que todavía andamos, al mismo tiempo que afirmamos la luz que comienza a ser parte de nuestras vidas porque somos sus discípulos. Hay un contraste marcado entre la nueva vida y la vieja.

En nuestra sociedad contemporánea, y sobre todo entre las generaciones más jóvenes, parece que las palabras han perdido su fuerza. A veces nos insultamos unos a otros usando palabras que en realidad no queremos decir. Otras veces nos alabamos con igual exageración. Pero la palabra humana es poderosa. De igual modo que Dios hizo toda la creación mediante su palabra, así también nuestras palabras definen y crean nuestra realidad. ¿Habría palabras que usamos unos de otros, sin tomar en cuenta todo su verdadero peso? El término “bendecir” quiere decir “hablar bien”, y “maldecir” quiere todo lo contrario. ¿Cómo cambiaría la vida de nuestra comunidad si nos hiciéramos el propósito de “bendecirnos unos a otros y otras”, y no “maldecir”?

Recomendaciones educativas:

1. Tras el devocional de apertura, pregunte si los miembros de la clase conocen mejor los otros tres evangelios o el de Juan. Posiblemente habrá ambas opiniones en la clase. Pregunte qué diferencias ven entre esos tres evangelios y éste. Entonces pase a discutir algunas de las diferencias que se señalan en la lección.

2. Explique los conflictos que existían cuando el Evangelio de Juan fue escrito. (En la lección se sugiere que esto tuvo lugar a fines del siglo primero. Aunque haya sido unas décadas más tarde, como algunos sugieren, los problemas eran los mismos.) Asegúrese de que quede claro que Juan sostiene que la revelación que los judíos recibieron a través de Moisés fue verdaderamente revelación de Dios. Las diferencias estriban tanto en el mensaje como en la distancia que separa a Moisés de Jesús. Fue Dios quien decidió el tiempo apropiado para cada forma de revelación. No es que Moisés no entendiera. Recibió ciertamente todo lo que Dios quiso darle al pueblo en aquel momento. Pídale a alguien que lea el versículo 17. Guíe a la clase a una discusión acerca del valor de la revelación a través de Moisés. (Una idea errónea, pero muy difundida en nuestras iglesias, es que la ley no fue revelación de Dios, o que presenta a Dios como justiciero, mientras el evangelio le presenta como amoroso. Esto no es cierto. Explíquelo a la clase que para los primeros cristianos la única Biblia que tenían era lo que hoy llamamos el Antiguo Testamento.)
3. En la pizarra o sobre un papel grande escriba las palabras “luz” y “vida”. Pídales a los miembros de la clase que mencionen palabras que asocian con cada una de estas dos ideas. Entonces vuelva a leer el pasaje, tomando nota de los lugares en que las imágenes o asociaciones sugeridas aparecen en el mismo pasaje.

Resumen:

El centro del mensaje de Juan es la persona de Jesucristo. Él es Dios, el Verbo de Dios, aquél por

quién todas las cosas fueron ellas, incluso nosotros y nosotras. Esa creación se ha apartado de Dios. En Jesús, Dios ha venido a buscarla otra vez para sí. Jesús es el Hijo encarnado, el Verbo encarnado de Dios. Quienes le reconocen como tal tienen poder de llegar a ser nuevas criaturas, reciben nueva vida, son hechos hijas e hijas de Dios. Juan el Bautista es testigo de Jesús. También es el autor de este Evangelio. Ambos nos llaman a ser también testigos.

Oración:

Señor Jesucristo, tú nos has llamado a seguirte. Revélate a nosotros cada vez más claramente como el centro de nuestras vidas. Según vayamos estudiando este Evangelio ayúdanos a ver tu gloria, de tal modo que todo quede eclipsado en comparación a ti. Acércanos a ti, de modo que podamos cada día seguirte más fiel y gozosamente. Amén.

